

LA RUTA DE LA MEMORIA

Motos, verbena y familia

Sólo unos días antes de que se tomara esta fotografía, Vicente Rodríguez rompió la hucha en la que durante todo el año había ido introduciendo sus ahorros para que los más pequeños de la familia pudieran disfrutar de las fiestas del pueblo. Esta tradición se repetía temporada tras temporada, gracias a que a este padre le atraían especialmente estos festejos. En el año 1962, el tiovivo, los carruseles y demás atracciones tomaron durante unos días la calle Arboleda, llenando de luz y color el centro del municipio. Ataviados con sus mejores galas, los pequeños Vicente y Antonio salieron de sus casas de la mano de sus respectivas madres para pasar un día en la feria. Getafe estaba en fiestas y qué mejor manera de celebrarlo que en familia y a pie de calle. En pocos minutos, los Rodríguez recorrieron el espacio que separaba sus hogares del jolgorio de la verbena. Pronto, de la boca de los pequeños salió, esta frase: “Mamá, mamá me quiero montar ahí”.

Ante sus ojos, dos flamantes motocicletas destacaban del resto de las atracciones del tiovivo. En



cuestión de minutos, los dos pequeños se vieron sentados a lomos de esas dos minimotos. La atracción empezó a girar y los inexpertos pilotos pudieron sentir el aire en sus rostros. Uno de sus papás

inmortalizó aquel instante. Con apenas cinco años de edad, los dos primos ya apuntaban maneras acelerando con sus pequeñas manitas, azuzados por sus hermanos mayores que les observaban, no

sin cierta envidia.

Paró de girar el tiovivo y llegó el momento de continuar con el paseo. “Grandes y mayores recorríamos todos los puestos con ilusión”, recuerda Vicente Rodríguez.

Y es que para los getafenses ese momento en el que se paseaban por la feria en familia y en el que los pequeños disfrutaban de las atracciones era uno de los más esperados del año.

Estas visitas al recinto ferial, que con el paso del tiempo ha ido cambiando de ubicación hasta asentarse durante las últimas celebraciones en la confluencia de la avenida de las Ciudades con la calle Vascongadas, se repetían cada año. Algo más crecidos, los protagonistas cambiaron las motos del tiovivo por las pistolas de balines. Los que mejor puntería tenían podían conseguir desde una pequeña botella de licor hasta un reloj. Los coches de choque era otro de sus entretenimientos preferidos, ya en su etapa adolescente, no sólo por la velocidad que alcanzaban estos vehículos sino porque en los alrededores de esta atracción era muy fácil conocer a nuevas chicas. Mientras, sus padres disfrutaban del tradicional vino en el puesto en el que dos señores, incansables al compás de la música, machacaban uvas con sus pies descalzos.

Ruth Holgado

Foto cedida por Carolina Lindo